



Domíngo de Resurrección 2021

Según el Evangelio de Juan, junto a la cruz permanecieron sólo la madre de Jesús, el discípulo amado y dos mujeres, una de ellas María de Magdala (cf Jn 19, 25-27). Ella había sido liberada por Jesús de “siete demonios” (Mc 16,9; Lc 8, 2) y vivía ya sólo para él; todo el espacio de su corazón estaba ya habitado por el amor a Jesús.

Terminado el reposo obligado del sábado, al amanecer del día primero de la semana, cuando aún estaba oscuro, María Magdalena fue a unguir con aromas el cuerpo de Jesús y “vio la losa quitada” y el sepulcro abierto. De inmediato, regresó corriendo a la ciudad para contárselo a Pedro y a Juan. Al verlos, les dijo alarmada: “*Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto*”.

Pedro y Juan corrieron al sepulcro y lo hallaron vacío. Solo vieron los lienzos tendidos y el sudario con que le habían envuelto la cabeza, enrollado en un sitio aparte. Los dos vieron los mismos signos, pero Pedro seguía sin entender la Escritura que había anunciado la resurrección. Juan, en cambio, vio y creyó.

El amor a Jesús ha hecho posible a Juan entender a fondo la Escritura y descubrir que Cristo ha resucitado, a partir del signo de un sepulcro vacío. Juan nos invita hoy a entrar con él en el sepulcro vacío, en el misterio de Jesús, y a confesar a la luz de la Escritura que Cristo ha resucitado, como lo había anunciado.

La fe de Juan en la resurrección se vio confirmada por las sucesivas apariciones de Jesús, a María Magdalena, a Pedro, a los discípulos de Emaús, a los doce y otros muchos hermanos. Y nuestra fe por el anuncio de tantos testigos se ve confirmada por el testimonio prestado en nuestro interior por el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen (Hch 5, 32).

Es necesario recibir con el Espíritu Santo la luz y el calor del fuego del amor de Jesús para creer de verdad y ser testigos de su resurrección. El Espíritu Santo es el más auténtico testigo; su testimonio se realiza en lo más íntimo de cada creyente: es la transformación de la propia vida por la gracia de Cristo. No hay testimonio más cierto ni más comprobable para uno mismo y para los demás. Por ello, de la experiencia del encuentro salvador con el Resucitado ha surgido a lo largo de los siglos la conversión misionera de los testigos. Y por el amor recibido del Resucitado han sido reconocidos siempre sus auténticos discípulos.

Pedro proclama en la primera lectura su testimonio de todo lo que hizo Jesús en Galilea y Judea, después de ser unguido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo al ser bautizado



Carlos López Hernández

por Juan. Pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, y lo mataron colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó y le concedió la gracia de manifestarse a sus apóstoles, que han comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Y les encargó de dar testimonio al pueblo de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos, y de que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados.

Con este testimonio acredita Pedro la certeza de la resurrección y su significado para el perdón de los pecados. El resucitado es luz que ilumina el misterio de la muerte, las causas que la originan y las consecuencias que de ella se derivan. Por ello es constituido Juez de vivos y muertos. El resucitado es el Viviente que da la vida de Dios; por eso es el que perdona los pecados y todo lo hace nuevo con el don de su Espíritu.

De esta manera, el Resucitado es luz para el mundo, y es la Verdad y la Vida de los discípulos en su peregrinar por un mundo del que no son y que no los conoce, porque no ha conocido a Dios. ¿Qué sería de nosotros en un mundo sin más verdad que el interés de cada uno; sin más justicia que la impuesta por los poderosos o las ideologías de turno? ¿Cómo sería nuestra convivencia familiar y social sin amor fiel y abnegado, sin perdón de las ofensas, sin misericordia para los enemigos vencidos? ¿Qué esperanza de vida sería posible para los pobres y excluidos del sistema del consumo? ¿Y qué aliento llenará la vida que sólo consista en trabajar y consumir cosas y relaciones? ¿Qué luces orientarán nuestra libertad y qué fuerzas le allanarán el camino a recorrer en la confrontación con la libertad de los otros? Dicho con otras palabras: ¿Qué sería de nuestra sociedad si apagamos definitivamente los focos que siguen irradiando la luz, el amor y la libertad del Resucitado?

Frente a estos riesgos, la celebración de la Pascua nos llama a asumir con alegría que Jesucristo ha triunfado sobre el pecado y la muerte, y está vivo y lleno de poder de santificación y de vida. Jesucristo es el Viviente. Y hoy le aclamamos con el canto de los redimidos: “¿Dónde está, muerte, tu victoria?... Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor 15, 55.57). Ese Cristo, que nos salvó en la Cruz de nuestros pecados, sigue salvándonos hoy porque **¡Él vive!** Contéplalo desbordante de gozo. Alégrate con tu Amigo que triunfó. **¡Él vive!** Y podrá estar presente en tu vida, en cada momento, para llenarlo de luz. **¿Cristo vive y te quiere vivo!** Él está en ti, Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes, allí está el Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar. Cuando te sientas vencido por la tristeza, los rencores, los miedos, las dudas o los fracasos, Él estará contigo para devolverte la fuerza y la esperanza. Así no habrá nunca más soledad ni abandono. Aunque todos se vayan, Él estará y te llena con su gracia, te libera, transforma, sana y consueta. Él es la garantía de que el bien puede hacerse siempre camino en tu vida. El Espíritu Santo llena el corazón de Cristo resucitado y desde él se derrama en tu vida y te convierte en testigo alegre del que vive y da vida para siempre. (Cf. *Christus vivit*, 1, 2, 124, 125, 126, 130).



Carlos López Hernández

Pablo nos revela en la segunda lectura las consecuencias que tiene la resurrección de Jesús para nuestra vida; afirma que nosotros hemos resucitado con Él. Por eso estamos obligados a corresponder a esta gracia extraordinaria que hemos recibido: *“Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra”*.

Aspirar a los bienes de arriba significa vivir en la fe, en unión con Cristo resucitado; vivir en la esperanza de la gracia de Dios para cada momento de nuestra vida, y en la esperanza de la gloria de Dios al final de la misma; y significa vivir en el amor de Cristo: Amándonos unos a otros como él nos ha amado; perdonándonos, como él nos ha perdonado; sirviéndonos, como el nos ha servido; no encerrándonos en nuestros intereses, sino saliendo cada uno de nosotros mismos, para buscar el bien de los demás, como Jesús, que pasó por la vida haciendo el bien. Esta manera de vivir acredita que hemos muerto con Cristo y que nuestra vida *“está con Cristo escondida en Dios”*. Así somos testigos auténticos del gozoso mensaje de la resurrección. Y así, *“cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria”*.

Del amor como Cristo nos ha amado solo se puede dar testimonio con amabilidad. Por ello, el Papa nos ha exhortado en la Encíclica *“Hermanos todos”* a recuperar la amabilidad en medio de los atropellos y la agresividad que provoca el individualismo egoísta y consumista.

“En momentos difíciles donde sale a plena luz el espíritu del `sálvese quien pueda´... todavía es posible optar por el cultivo de la amabilidad. Hay personas que lo hacen y se convierten en estrellas en medio de la oscuridad” (222).

La persona que tiene la cualidad de la amabilidad “ayuda a los demás a que su existencia sea más soportable, sobre todo cuando cargan con el peso de sus problemas, urgencias y angustias. Es una manera de tratar a otros que se manifiesta de diversas formas: como amabilidad en el trato, como un cuidado para no herir con las palabras o gestos, como un intento de aliviar el peso de los demás. Implica `decir palabras de aliento, que reconfortan, que fortalecen, que consuelan, que estimulan´, en lugar de `palabras que humillan, que entristecen, que irritan, que desprecian´” (223).

“La amabilidad es una liberación de la crueldad que a veces penetra las relaciones humanas, de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás, de la urgencia distraída que ignora que los otros también tienen derecho a ser felices. Hoy no suele haber ni tiempo ni energías disponibles para detenerse a tratar bien a los demás, a decir “permiso”, “perdón”, “gracias”. Pero de vez en cuando aparece el milagro de una persona amable, que deja a un lado sus ansiedades y urgencias para prestar atención, para regalar una sonrisa, para decir una palabra que estimule, para posibilitar un espacio de escucha en medio de tanta indiferencia. Este esfuerzo, vivido cada día, es capaz de crear esa convivencia sana que vence las incomprensiones y previene los conflictos. El



Carlos López Hernández

cultivo de la amabilidad..., cuando se hace cultura en una sociedad transfigura profundamente el estilo de vida, las relaciones sociales, el modo de debatir y de confrontar ideas.” (224).

El cultivo de la amabilidad sería un buen propósito pascual y una gracia del Espíritu del Resucitado para dar testimonio de su amor en la vida diaria, en la propia familia y en el ejercicio público de la actividad profesional, y en la relación entre los hermanos de las cofradías.

Catedral Nueva, 4 de abril de 2021